

**Anales del Seminario  
de Historia de la  
Filosofía**

filosofía

Anales del Seminario de Historia de la  
Filosofía

ISSN: 0211-2337

revistaanales@filos.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid  
España

Gómez, Carlos

La realidad y la ilusión: Cervantes en Freud

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía, vol. 24, enero-diciembre, 2007, pp. 195-214

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=361133108013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# La realidad y la ilusión: Cervantes en Freud

## *Reality and Illusion: Cervantes in Freud*

Carlos GÓMEZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Recibido: 15-09-2006

Aceptado: 03-11-2006

### **Resumen**

Se pretende mostrar la influencia de Cervantes en Freud. Preocupado por los trastornos psíquicos y decepcionado por los métodos que la psiquiatría de su tiempo manejaba, Freud mostró gran interés por las obras de Cervantes, principalmente por *El coloquio de los perros* y por *El Quijote*, en las que los temas de la *realidad* y de la *ilusión*, y de la relación entre *cordura* y *locura* son sus respectivos ejes centrales. Una de las posibles lecturas de la magistral obra cervantina es la que lleva a desdibujar los límites entre *razón* y *sinrazón*, hasta encontrar incluso «*la razón de la sinrazón*», lo que nos haría ésta comprensible y explicable. Fantasía realizada, realidad fantaseada, pocas cosas preocuparon más a Freud que hacer el deslinde entre ambas. Freud no es simple abogado de lo irracional, sino que trata de encontrar también «*la razón de la sinrazón*» que los neuróticos expresan en sus síntomas, los cuales pretendió explicar hasta en sus más mínimos detalles.

*Palabras clave:* realidad, ilusión, razón, irracionalidad, psicoanálisis.

### **Abstract**

It is pretended to show the influence Cervantes had on Freud. Freud was wor-

ried about the psychic disorders. He was also disappointed by the methods of psychiatry had at that time. Freud was very interested in the plays of Cervantes, especially in *El coloquio de los perros* and *El Quixote*, where *reality* and *illusion*, and the relationship between *sanity* and *insanity* are their central axes. One of the possible readings of the great play is the one where limits between reason and unreason are not clear, to the point of achieving “*the reason of the unreasonableness*”, which would make it understandable and explicable. Real fantasy, fantastic reality, the demarcation between them was one of the topics that worried Freud. Freud is not a simple lawyer of the irrationality, but he also tries to find “*the reason of the unreasonableness*” that neurotics show in the symptoms he tried to explain in detail.

*Keywords:* reality, illusion, reason, irrationality, psychoanalysis.

El año 2005 se cumplió el cuatrocientos aniversario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*, y el 2006 el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Sigmund Freud. La ocasión de la proximidad de esas celebraciones no es sino el pretexto externo, y un tanto casual, para poner en relación la obra de ambos autores, y, sobre todo, para mostrar la influencia de Cervantes en Freud, influencia que, como veremos, no es ni mucho menos marginal, sino un tema mayor en la formación del fundador del psicoanálisis y sobre el que no faltan estudios al respecto (cf., p. ej., Grinberg, 1989; Crespo, 1987), por más que muchas veces se omita o se pase de soslayo sobre ella.

Una presencia que acaso pueda resultar extraña, pues, al rastrear los antecedentes de una doctrina científica, tendemos a pensar en fuentes distintas a las literarias, reservando a éstas un papel ornamental o un mero lugar entre las aficiones personales o culturales del autor de marras. No siempre es así, desde luego, pero, en el caso de Freud, la peculiaridad de sus intereses obliga a incluir la literatura entre los pilares de su formación. Él mismo destacó muy pronto en ella, según pone de manifiesto la hermosa carta escrita a Emil Fluss en junio de 1873, recién finalizados los exámenes de conclusión del bachillerato (en griego hubo de traducir un pasaje de (*Edipo, rey!*), recibida con cierta euforia la distinción *summa cum laude*, y en la que ya se aprecia al buen estilista, que, además de un buen dominio del alemán, se maneja con relativa soltura en latín, griego, hebreo, inglés y, según hemos de ver, también en español (a los que más tarde aún, a raíz de sus estudios en París con Charcot, se agregará el francés). Comentando el pequeño ensayo que le habían mandado realizar sobre el tema “Consideraciones al elegir una profesión” –tema calificado por él de “eminente moral”–, le dice a su amigo:

Escribí más o menos lo mismo que dos semanas antes le había escrito a usted, sin que por ello me asignara un “sobresaliente”. Mi profesor me dijo también –y es la primera

persona que ha osado decirme tal cosa—, que yo tendría eso que Herder tan elegantemente ha llamado “un estilo idiótico”, es decir, un estilo que es correcto, pero al mismo tiempo característico [...]. Seguramente no sospechaba que ha estado carteándose con un estilista de la lengua alemana. Ahora, empero, se lo aconsejo como amigo —no como parte interesada—: (Conserve las cartas, átelas, guárdelas bien, que nunca se sabe...! (1941, I, 2)<sup>1</sup>.

Esa inclinación por la literatura y su propio bien hacer literario acabarían siendo reconocidos, muchos años después, cuando Freud ya cuenta 74 años, con la distinción del prestigioso premio Goethe, instituido por la ciudad de Frankfurt. Pero, hasta llegar ahí, quedaba mucho camino. Recorreremos parte del mismo con él, sobre todo por lo que a sus años iniciales y a su formación se refiere, para enmarcar ahí el aprendizaje del español y la influencia de la lectura de Cervantes en su obra<sup>2</sup>.

## 1. El aprendizaje del español y la lectura de *Don Quijote* en la formación de Freud

En un pasaje de *La interpretación de los sueños*, Freud indica el trato de privilegio recibido en su familia, lo que alimentó su sentimiento de ser excepcional. Padres y hermanos veían en la aplicación del escolar el anticipo de una gloriosa carrera, la cual quizá compensase algún día los sacrificios hechos en medio de inintermitentes apuros económicos. En lo primero en que se pensó es en que estudiaría Derecho, debido, quizá, a un episodio infantil en el que, contando once años, se encontraba con sus padres en una cervecería del *Prater* y un individuo que improvisaba versos a cambio de una pequeña retribución predijo que el pequeño llegaría a ser ministro. La profecía no desentonaba con las ambiciones de los judíos de la época del “Ministerio burgués”, durante la cual, y pese a la postergación experimentada, las modificaciones legales y sociales, permitían a los jóvenes trabajadores

---

<sup>1</sup> Las citas de la obra de Freud se realizan de acuerdo con la edición de sus *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 3 vols., 30 ed., 1973, indicando el año de publicación, el volumen en romanos y la página en arábigos. Si la fecha de redacción es distinta, la indicamos, tras el título, entre paréntesis. Para la correspondencia, excepto en el caso de las cartas a W. Fliess, editadas en su mayoría en el vol. 3 de *OC*, seguimos la edición de N. Caparrós, Sigmund Freud, *Correspondencia*, 6 vols., Madrid, Biblioteca Nueva y Quipú Grupo de Psicoterapia, 1997ss., que aparecerá como *C*, seguida del volumen en romanos y de la página en arábigos.

<sup>2</sup> Realicé una lectura de conjunto de la obra de Freud en *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría psicoanalítica* (Gómez, 2002), donde se encuentran referencias a otras ediciones de la obra de Freud distintas a la aquí citada y una bibliografía brevemente comentada. Los aspectos culturales de su producción fueron particularmente considerados con anterioridad en *Freud, crítico de la Ilustración* (Gómez, 1998).

e inteligentes la esperanza de alcanzar un buen puesto; una época en la que –para decirlo con el propio Freud, que parafraseaba ahí al Napoleón revolucionario “todo muchacho judío inteligente llevaba en su portalibros la cartera de ministro” (1900, I, 464)<sup>3</sup>. Las ambiciones de Freud no eran, sin embargo, políticas. Tampoco económicas –una familia burguesa de clase media fue el sueño alimentado con su novia Marta Bernays durante mucho tiempo, pese a su afición por la lectura, ni siquiera intelectuales de un modo preciso. Postergado por su situación social y su condición de judío, su ambición de gloria o, al menos, de reconocimiento prevaleció durante mucho tiempo sobre el objeto a perseguir y, aunque finalmente lo alcanzó en el orden intelectual, a él no le hubiera importado al principio lograrlo en el de la acción. Los héroes de su adolescencia eran hombres audaces, advenedizos que se habían hecho a sí mismos, como Bonaparte o Masséna, libertadores de los judíos como Cromwell –en cuyo honor llamó Oliver a uno de sus hijos–, semitas como Aníbal, que llegó a poner en serios apuros a Roma, con su magnífica travesía con los elefantes a través de los Alpes, y que para Freud siempre representó la tenacidad del judaísmo frente a la burocracia eclesiástica.

Mas, descartada una carrera política o militar, en su *Autobiografía*, Freud indica que, más tarde, se sintió enormemente atraído por las doctrinas de Darwin, que tan extraordinario progreso prometían en nuestra comprensión del mundo, concluyendo que, en esas circunstancias, Ala lectura del ensayo de Goethe sobre *La naturaleza*, escuchada en una conferencia de vulgarización científica, me decidió por último a inscribirme en la Facultad de Medicina” (1925, III, 2762). La explicación de Freud resulta confusa: (Curiosa determinación la de estudiar Medicina debido a la exaltación provocada por un cántico –hoy se sabe que no es de Goethede tono panteísta en el que se ensalza a la naturaleza como una madre amorosa y de recursos inagotables! Además, el propio Freud no se cansó de repetir que “ni en aquella época ni más tarde” sintió predilección alguna por la Medicina o por la práctica médica. Le movía “una especie de curiosidad relativa más bien a los asuntos humanos que a los objetos naturales” (Ib.). Dado que la familia no parece haberle influido, quizá la explicación de una elección tan extraña pueda encontrarse en otros testimonios del propio Freud. En febrero de 1896, le confesaba a su amigo Fliess: “En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estoy a punto de realizar ahora, cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología” (1950, III, 3543). Si, pese a todo, no se entregó a él, ello parece deberse a la precaución suscitada por un objeto tan deseado, del que se defendió como de un amor en el que temiera perderse, y a que deploraba el exceso de especulación al que con frecuencia se abandonan los filósofos y al que él mismo podría arrojarse. Contrarrestó su interés por la filosofía con una sobria disciplina científica que le

---

<sup>3</sup> La frase de Napoleón decía que “cualquier soldado podía llevar en su mochila el bastón de mariscal”.

permitiera no extraviarse en una especulación omniabarcante, a la que sólo en los años finales, y desde una base más empírica, se acercó. Quizá por ello, a los 79 años, en la adición a su *Autobiografía*, reconocía haber dado un largo rodeo hasta volver a esos “problemas culturales que tanto me habían fascinado, cuando era un joven apenas con la edad necesaria para pensar” (1925, III, 2799). Es cierto que, a través de esos extraños senderos, provocó el disgusto de los científicos sin alcanzar el reconocimiento de los filósofos. Pero también es verdad que, a la larga, acabó por satisfacer ambas tendencias, la de la observación empírica y la especulativa, y obligó a unos y otros, científicos y filósofos, a tener en cuenta los puntos de vista derivados del nuevo continente que se atrevió a descubrir, y en buena medida a colonizar, él sólo: el del inconsciente.

En esas condiciones, además de en sus estudios de Medicina y Neurología, es en diversas ciencias humanas, y sobre todo en la literatura, donde hay que buscar las bases de la sólida formación humanista de Freud. La primera vez que habla a su amigo Fliess de la posible universalidad del deseo edípico –contrapartida de la universal prohibición del incesto–, enseguida recurre a la literatura, *Edipo, rey*, de Sófocles, y, más tarde, *Hamlet*, de Shakespeare, a muchos de cuyos personajes (de *Macbeth*, de *El rey Lear*), dedicó valiosos análisis, como asimismo sucede con obras de Goethe (*Un recuerdo infantil de Goethe en Poesía y verdad*, 1917) o Dostoievski (*Dostoievski y el parricidio*, 1928), por poner unos cuantos ejemplos de un acercamiento, que, frente a lo que tantas veces se dice, sólo trata de arrojar luz sobre esos autores y obras desde un específico punto de vista, sin tratar de reducirlos a su dimensión psicológica, pues, como más de una vez se vio obligado a reconocer, “el psicoanálisis debe rendir las armas ante el problema del poeta” (1928, III, 3004).

Esa inclinación hacia la literatura hubo, sin duda, de verse reforzada ante la fría recepción dispensada a sus primeras obras por parte de sus colegas neurólogos, mientras que otros, como Alfred von Berger, profesor de historia de la literatura en la Universidad de Viena, acogieron bien sus *Estudios sobre la histeria*, donde el propio Freud, guiado por los relatos de sus pacientes –con los que ya había desechado la electroterapia y otros medios al uso en el tratamiento de las enfermedades psíquicas–, observa:

A mí mismo me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales (1895, I, 124).

Freud parece recordar aquí las advertencias de Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco* (Aristóteles, 1985, 1094b 20-25), según las cuales no se ha de buscar el mismo rigor en todos los razonamientos, sino que es propio del hombre instruido

buscar la exactitud en cada materia en la medida en que la admite la naturaleza del asunto.

En todo caso, con gran capacidad de admiración, como suele suceder en todo gran hombre, el amor de Freud hacia la literatura se vio acompañado por un seguimiento apasionado de los descubrimientos de Winckelmann, proporcionándole la arqueología, además, al que iba a ser el gran “arqueólogo del psiquismo”, un importante registro metafórico de su escritura, quizá el principal junto al militar. Y a todo ello se añadía el interés por la antropología, el apasionamiento por las artes plásticas, el gusto por las monografías además del estudio de los manuales... Con tal variedad de intereses, no es de extrañar que empleara tres años más de los propuestos en terminar su licenciatura, finalizada en 1881.

A partir de entonces, Freud alternó sus trabajos en el laboratorio de fisiología de Brücke o sus estudios neurológicos en la clínica de Meynert, con estancias en el extranjero (de las que la realizada al hospital de *La Salpêtrière* de París, dirigido por Charcot, sería decisiva) y prolongadas lecturas literarias: el teatro clásico francés, Flaubert o *El Quijote*, cuyos delirios le permitían seguir la senda de sus preocupaciones más de cerca que sus tareas oficiales. Así, en 1883, le comenta a su novia Marta Bernays: “Actualmente tengo el *Don Quijote* con grandes ilustraciones de Doré, y esto me tiene más ocupado que la anatomía cerebral” (C, I, 282; 22-VIII-1883).

El conflicto entre la realidad de su labor profesional y sus aficiones literarias se torna, en otra carta de octubre de ese mismo año, en conflicto entre su afán por la investigación —en este caso considerado como un *sueño* y su amor por Marta, la *realidad*, que habría de llevarle a buscarse medios para la subsistencia económica y el matrimonio:

Mi cerebro se está poblando de extraños inquilinos: casos clínicos, teorías, diagnósticos, fórmulas [...Pero] todo el sueño se va disipando, la vida entra en mi celda, cuando se acerca una carta tuya; entonces se eclipsan todos esos curiosos problemas [...]. El mundo se torna cálido de nuevo, alegre, tan fácilmente comprensible... mi dulce amada no es una alucinación (C, I, 302-303; 9-X-1883).

Finalmente, como sabemos, Freud logró compatibilizar el sueño y la realidad, o, si se quiere, la realidad del amor y el amor por la investigación, tal como, a lo largo de su vida, acabó dando cauce, según pudimos anotar, a su austero sentido de la ciencia, heredado del positivismo de sus maestros, y a su interés humanista, haciendo nacer una nueva “ciencia de los asuntos humanos”. Aunque a lo largo de ese arduo peregrinaje no faltaron momentos de angustia, de “derrumbe general de todos los valores” (1950, III, 3573), cuando no de franco temor hacia sí mismo y su destino. En junio de 1897, con 41 años, todavía le comentaba a Fliess: “Creo estar en embrión; sabe Dios qué clase de bestia saldrá de él” (Ib., 3576).

Mas, volviendo al verano de 1883, según su biógrafo y discípulo Jones (Jones, 1976, I, 185), la lectura de *El Quijote* entonces llevada a cabo era, en realidad, una relectura, por lo que el primer contacto con Cervantes debió de ser muy anterior. En efecto, desde finales de 1871, cuando Freud contaba 16 años, encontramos cartas en las que se despiden en español y, desde el año siguiente, cartas enteras escritas en nuestra lengua, aprendida por su cuenta y sin profesores, junto a su amigo Eduard Silberstein, un poco como una extravagancia que les apartaba de sus tareas escolares, pero a la que se entregaron con tal entusiasmo que llegaron a fundar una secreta *Academia Castellana*, de la que, por lo demás, eran sus únicos miembros. En sus cartas, comentan a veces temas triviales, pero también emplean el español para referirse a sus primeros amores u otras cuestiones que quieren guardar en secreto, y las firman con los nombres de los animales protagonistas de *El coloquio de los perros*, asignándose Freud el papel de Cipión y Silberstein el de Berganza. Así se lo comenta Freud a Marta, doce años más tarde, en febrero de 1884:

Silberstein estuvo hoy aquí de nuevo; me sigue teniendo tanta afición como antaño. Eramos amigos en una época en que la amistad no era considerada como un deporte ni como una conveniencia, sino que, más bien, se necesitaba al amigo para compartir la vida. En realidad, pasábamos juntos todas las horas del día en que no estábamos sentados en los pupitres. Juntos aprendimos español y teníamos nuestra propia mitología y nuestros nombres secretos, que habíamos extraído de un diálogo del gran Cervantes [...]. Él se llamaba, tanto al escribirnos como cuando conversábamos, Berganza, y yo, Cipión. Cuántas veces le habré escrito *Querido Berganza*, firmando con: *Tu fidel Cipión, perro en el Hospital de Sevilla*" (C, I, 332; 7-II-1884)<sup>4</sup>.

El español de Freud, como se echa de ver en la recién transcrita despedida, suena arcaizante, como había de ser, si fue ante todo con Cervantes con quien lo desarrolló. Pero es lo bastante fluido como para leer novelas (siempre de mucho más difícil acceso que la literatura científica) o escribir, aunque incluya a veces extraños giros y errores ortográficos. Por ofrecer tan sólo una muestra, extraeré algunos párrafos de la carta del 9 de agosto de 1872, escrita por tanto a los 16 años:

Querido Berganza:

Ya hay una semana que recibí la última carta suya y desde ese tiempo no he sentido nada de Vuesa merced; no sé que hacer de eso, no puedo ofenderme, pues ni ha escrito Vuesa merced al maestro italiano, ni a otro de nuestros conocidos; no me queda otra cosa que apurarme de su ligereza o estremecerme de su suerte. Aunque no soy hombre melindroso para inquietarme de tal descuido, no puedo detener el pensamiento que no se lo hay encontrado un mal, de manera la que no puedo adivinar [...]. No quiero referirle de mis divertimentos y pasatiempos, ahora me tocan cosas más importantes y lo más importante es saber ¿si Vuesa merced ya ha bajado a los infiernos o no? Si aquello no quiero respuesta [esto es, si ya se ha muerto y condenado, no hace falta que escriba],

---

<sup>4</sup> En realidad, el Hospital era de Valladolid.



pero si no recuerde Vuesa merced de su promesa [...]. Recibida una vez la aseguración, que vivís y leéis mis cartas, os escribiré una de seis cuartos de papel, tanto tengo que contar. Aun no he visto a Roznau.

Espero vuestras cartas estendidas [*sic*] y exactas.

De la S.S.S.[probablemente: *Spanische Sprach Schule*, esto es, *Academia española*]

D. Cipion. (C, I, 108-109).

Dado ese interés por Cervantes, no es de extrañar que, años después, cuando lee –o relee *El Quijote*, Freud se extienda a veces, en las cartas a Marta, en comentarios sobre el mismo. El 23 de agosto de 1883 vuelve a insistir en lo que le hace disfrutar, deteniéndose en los relatos de Cardenio y Dorotea, y en la narración del prisionero, así como en las ilustraciones de Doré, que encuentra magníficas “sólo cuando el dibujante enfoca un aspecto fantástico del objeto” y buenas “donde el texto se presta a la caricatura [...]. Mas, por otra parte, falta la ironía sutil en las escenas en las que se muestra realmente el carácter del caballero. Aquí está caricaturizado con torpeza y no alcanza el nivel de lo poético” (C, I, 283-284).

Es, pues, ese adentramiento en la obra cervantina el que da sentido a la breve, pero cálida nota que Freud escribió a Luis López-Ballesteros y de Torres, con motivo de la traducción que éste hizo a partir de 1922 de sus *Obras completas* (a las que habrían de agregarse en años posteriores sucesivos estudios). Por lo que hemos visto, dicha nota no ha de entenderse como una simple muestra de cortesía y dice así:

Sr. D. Luis López-Ballesteros y de Torres.

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal “Don Quijote” en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora –ya en edad avanzada comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

Freud. Viena, 7 de mayo de 1923.

El agradecimiento de Freud, además de evocarle sus aficiones juveniles, había de ser tanto más sincero por cuanto la versión de Luis López-Ballesteros es la primera traducción a una lengua distinta del alemán que se hizo de sus *Obras completas*, tarea encargada por José Ortega y Gasset, gracias a su agudeza y a la atención prestada a lo que se hacía en los más diversos lugares de la producción cultural europea. Quizá no esté de más subrayarlo, por cuanto –probablemente debido a que la caja de resonancia cultural española es de menor envergadura que la de otras lenguas en un apéndice bibliográfico tan amplio y cuidado –aunque discutible en algunos puntos y con sensibles lagunas en otros como el elaborado por Peter Gay en

Freud. *Una vida de nuestro tiempo* (Gay, 1989), figuran diversas traducciones de las obras de Freud, pero falta incomprensiblemente la primera de ellas, que fue, como decimos, la española. Sin que los errores que la crítica posterior ha podido detectar (sobre todo, el verter indistintamente como “instinto” los términos alemanes *Instinkt*, instinto, y *Trieb*, pulsión, lo que hace equívoca a trechos la argumentación freudiana, ya que Freud trató precisamente de subrayar que la sexualidad no es el orden del instinto, sino de la pulsión), justifiquen la omisión, pues otro tanto sucede en una edición tenida por canónica como la *Standard Edition*. Y tampoco recoge P. Gay que fue el español asimismo la primera lengua a la que se tradujo un artículo de Freud, “El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos”, escrito en colaboración con Joseph Breuer, leído como conferencia en el *Wiener Medizinischer Club* el 11 de enero de 1893, de cuya importancia da idea el que figura como “Comunicación preliminar” a *Estudios sobre la histeria* (Freud, 1895), y el cual apareció en la *Gaceta Médica de Granada*, tan sólo unos meses después de su publicación alemana (Muñoz, 1989; Carpintero y Mestre, 1984).

Pero dejando a un lado esas cuestiones, volvamos al cauce principal de la nuestra.

## 2. Una novela premonitoria: *El coloquio de los perros*

*El coloquio de los perros* es la última de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, quizá aquélla donde el tema de *la realidad y la ilusión* —central en *El Quijote*, pero no menos en la obra freudianaloga mayor rango antes de alcanzar su cima en la obra cervantina por antonomasia.

Ensamblada con *El casamiento engañoso*, en esta novela el alférez Campuzano promete al licenciado Peralta contarle sucesos “que exceden a toda imaginación, pues van fuera de todos los términos de naturaleza” (Cervantes, 2003, 292) y se refiere al “Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección”, transcrito en un cartapacio, que no es sino la siguiente obra. Ya el marco en el que se desarrolla podría considerarse premonitorio de lo que más tarde habría de ser la situación analítica, en la que el paciente, recostado en un diván, aislado de estímulos externos, expresa en alta voz cuanto le viene a la cabeza, mientras el psicoanalista calla, escucha, a veces alienta las asociaciones del paciente, realiza algún comentario o sugiere alguna posible interpretación, tal como Campuzano asegura que “a la mitad de la noche, estando a oscuras y desvelado” oyó hablar a dos perros, “echados detrás de mi cama en unas esteras viejas” (Ib., 293), aunque el que habla es fundamentalmente Berganza, mientras que Cipión (Freud, en su correspondencia con Silberstein) escucha y de cuando en cuando le anima a que prosiga: “Habla hasta que amanezca, o hasta que seamos sentidos; que yo te escu-

charé de muy buena gana, sin impedirme sino cuando viere ser necesario” (Ib., 302).

Pero de lo que hablan aquellos perros es de la *posibilidad misma de poder hablar*, de hacerlo incluso “*como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella*”, de su *extrañeza* ante esa capacidad y del problema de su *identidad*, que les llevará a plantearse si fueron una vez humanos.

Berganza. Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cipión. Así es la verdad, Berganza, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto, irracional.

Berganza. Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla. Bien es verdad que en el discurso de mi vida diversas y muchas veces he oído hablar grandes prerrogativas nuestras; tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento capaz de discurso (Ib., 299-300).

Y, como pudiera hacerlo el paciente de un futuro psicoanalista, Berganza se propone algo así como decir todo lo que se le ocurra, aunque a veces se exprese con cierto atropello: “Enriquecido de este divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome prisa a decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente” (Ib., 301). Más aún, salido de su “primera ignorancia”, se apresta a decir algo “que había de haber dicho al principio”, pues, entonces, no se maravillaría de hablar, sino que más bien se espantaría de lo que calla:

Cipión. Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que carece de razón, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

Berganza. Eso fuera así si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido a la memoria lo que había de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar (Ib., 309-310).

Preparados así para nuevas revelaciones, Berganza se encamina a un pasaje clave de su vida (y de la novela, o quizá incluso de la novela –en diversos sentidos de su vida), al referirse a la bruja Cañizares, una “grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla”, que, al narrar la muerte de ésta, menciona la posibilidad de que Berganza y Cipión fueran una vez seres humanos, pues la Camacha “convertía los hombres en animales [...] con aquella ciencia que llaman *tropolía*, que hace parecer una cosa por otra” (Ib., 337):

Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida llamó a tu madre y le dijo cómo ella había convertido a sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena: que ellos volverían a su ser cuando menos lo pensasen (Ib., 338).

Harry Sieber, en su estudio introductorio a las *Novelas ejemplares*, comenta a este respecto:

Lo que convierte a los perros en seres humanos es precisamente el don de hablar que les facilita Campuzano. Y esta conversión es nada más que *tropelía* [...]. Cañizares, con su arte de *tropelía*, y Berganza, Campuzano y Cervantes están haciendo la misma cosa. Pero es Cervantes quien junta *tropelía* y engaño literario: *El coloquio de los perros* es una mentira que quiere ser en su propio modo una verdad: la verdad de cualquier obra literaria [...], la verdad poética que llega a sus límites teóricos en *Don Quijote* (Ib., 38).

Novela dentro de la novela, y así sucesivamente, Cañizares atribuye el arte de *tropelía*, de hacer parecer una cosa por otra, a la Camacha, mientras que Berganza lo refiere a Cañizares, Campuzano da habla a Berganza y Cervantes a Campuzano, a la vez que todos ellos hacen hablar a Cervantes, en una multiplicación indefinida de perspectivas, que reflejan y expresan, desde infinitos ángulos, la novela, real e imaginaria, de la vida, procedimiento que llegará a su culmen en *Don Quijote*.

Mas, antes de pasar a decir algo más respecto a la influencia de esta obra en Freud, no podemos dejar de subrayar un pasaje precioso para quienquiera que se haya interesado por la historia del psicoanálisis y del descubrimiento freudiano del inconsciente. Alertado por la posibilidad de recuerdos sustraídos a la conciencia, pero que podrían estar a la base de los síntomas histéricos –al producirse sin lesión orgánica concomitante–, con ocasión de su estancia en *La Salpêtrière*; repensando lo que le había oído decir a Breuer acerca del caso de Ana O.; escuchando y, en buena medida, dejándose instruir por sus pacientes, Freud se fue acercando al descubrimiento del inconsciente y al método de la asociación libre, característico del psicoanálisis –término que sólo aparecería en 1896 (Freud, 1896) –, aun cuando a Freud todavía le quedaba el duro trecho de ese peculiar análisis que llevó a cabo con Fliess y algún giro fundamental, para considerar que tenía bases suficientes como para intentar trazar, en el capítulo final de *La interpretación de los sueños*, un modelo del psiquismo (el conocido como la “primera tópica”).

La inflexión a la que me refiero es la que le llevó a desechar la teoría del trauma (si bien el concepto de trauma seguirá figurando, a otros efectos, en su obra), defendida hasta 1897. La importancia de haber desechado tal teoría es que la misma supuso, durante mucho tiempo, el dique más importante para el acceso a las ideas de sexualidad infantil y de deseos incestuosos inconscientes por parte de los pacientes, los cuales atribuían los problemas que les aquejaban a tentativas reales de

seducción llevadas a cabo por sus padres. Freud prefirió durante años seguir confiando en sus pacientes, que tanto le habían instruido en otros campos. Pero las objeciones se acumulaban y, en octubre de 1897, en las que H. Erikson calificara de “heroicas e históricas cartas”, acabó por confesarle a Fliess: “Ya no creo en mis neuróticos” (1950, III, 3641). Por el momento al menos, todo se derrumbaba. A pesar de ese derribo general, que le hizo dudar seriamente de que el camino seguido condujera a alguna parte, Freud no dejó de exponer las razones por las que había de abandonar la teoría de la seducción traumática hasta entonces mantenida: en primer lugar, los análisis no llegan a una verdadera conclusión y los pacientes que por un tiempo parecían ser más favorables acaban desertando; además, dada la inesperada frecuencia de la histeria, si se sometiera a la condición de una seducción real por parte del padre, casi todos ellos resultarían perversos, lo que resulta poco probable, sobre todo teniendo en cuenta que tal perversidad habría de ser aún más frecuente que la histeria, puesto que ésta suele requerir una acumulación de experiencias traumáticas y ciertos factores que debiliten la defensa; en fin, dado que en el inconsciente no existe un “signo de realidad”, “es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente cargada” (Ib., 3579).

Aunque J. M. Masson le acusaría mucho tiempo después de cobardía por haber retrocedido ante el mundo de los atentados sexuales (*The assault on truth. Freud's suppression of seduction theory*, 1984), el camino hacia el psicoanálisis quedó franqueado cuando Freud, sin negar la eventualidad de que, en algunos casos, los padres hubiesen agredido sexualmente a sus hijos, *tendió a sustituir la realidad del trauma, la realidad de la seducción de la que hablaban sus pacientes, por relatos fantaseados, aunque no por ello menos realmente traumáticos*. Sólo que tales relatos, en vez de remitir a padres uniformemente perversos, remitían a los deseos incestuosos e inconscientes de sus relatores, siendo esos deseos, expulsados de la propia intimidad y objetivados en lo exterior, los que, al sustraerse a la conciencia por represión (*Verdrängung*) o por una represión sin éxito, retornaban deformadamente en los síntomas neuróticos.

No podemos seguir aquí el curso de la posterior evolución del concepto de seducción, que, más que simplemente desechado, queda integrado en otros contextos, tal como ha tratado de mostrarlo, sobre todo, Jean Laplanche. Pero, dada la importancia de este episodio en el camino hacia el psicoanálisis, me parece oportuno señalar un texto de Cervantes, que parece presagiarle muy de cerca. Con ello no pretendo sugerir ni que Freud se inspirara directamente en él, ni que, aunque lo hubiera hecho, ello constituyera un “precedente” de la teoría psicoanalítica, pues –como el propio Freud diría a propósito de la importancia de la sexualidad, tantas veces indicada antes de él, pero sin sistematizarla en una teoría del psiquismo “una cosa es expresar una idea bajo la forma de una pasajera observación, y otra tomarla en serio, conducirla a través de todos los obstáculos y conquistarle un puesto

entre las verdades reconocidas” (1914, II, 2000). Con todo, dada la importancia que la lectura de *El coloquio de los perros* tuvo para el Freud adolescente, cuando nosotros lo leemos tras la aventura psicoanalítica, conscientes de la significación que el tema alcanzaría en ella, no podemos dejar de reparar –y creo que el propio Freud tampoco lo hubiera desdeñado en el texto en cuestión. Y dice así (está hablando Cañizares de los encuentros con el diablo):

Vamos a verle muy lejos de aquí, a un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gentes, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas que en verdad y en Dios y en mi ánima que no me atrevo a contarlas, según son sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas. *Hay opinión que no vamos a estos convites sino con la fantasía* en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido. *Otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuando vamos de una o de otra manera, porque todo lo que nos pasa en la fantasía en tan intensamente que no hay diferenciario de cuando vamos real y verdaderamente* (Cervantes, 2003, 339-340; cursiva y subrayado míos).

Realmente, para oídos psicoanalíticos, creo que no tiene desperdicio.

Sumidos, pues, en este juego múltiple, donde la ilusión es a veces más real que la realidad y la realidad no menos ilusionante (cuando no ilusoria) que la ilusión misma, vayamos a esa obra donde ambas se entrelazan de manera maestra en múltiples formas, de las que aquí sólo señalaremos, desde el punto de vista que nos interesa, unos cuantos rasgos.

### 3. ¿Cien capítulos de empeñada ilusión y una muerte de melancolía?

Veíamos cómo, preocupado por los trastornos psíquicos y decepcionado por los métodos que la psiquiatría de su tiempo manejaba, Freud mostró gran interés por *El Quijote*, en el que el tema de la relación entre cordura y locura es uno de sus ejes centrales. Pero de tal manera que no se procede a deslindarlas de forma tajante, si bien tampoco –aunque a veces pueda llegar a parecerlo simplemente a enredarlas. Más bien, una de las posibles lecturas de la obra es la que lleva a desdibujar los límites entre razón y sinrazón, hasta encontrar incluso “la razón de la sinrazón”, lo que nos haría ésta comprensible y explicable. Cervantes debió comprender que don Alonso Quijada, o como se llamara, moriría, enloqueciendo de melancolía, si no enloquecía de otro modo, que fue el de convertirse en Don Quijote de la Mancha, otorgando así un sentido a una vida que se le antojaba vacía. Pero el nuevo enloquecimiento le vuelve muy cuerdo, sin embargo, en muchos asuntos, lo que se reve-

la hasta en la forma de hablar. Según ha subrayado Vargas Llosa en su ensayo “Una novela para el siglo XXI”, don Quijote “sólo ‘izquierdeaba’ (exageraba o desvariaba) con los temas caballerescos, al tocar otros asuntos habla con precisión y objetividad” (Cervantes, 2004, XXVII). Y cuerdo nos parece asimismo cuando defiende causas justas y pone en solfa los poderes establecidos y la sinrazón de la razón imperante. Una fantasía, pues, que no es mero desatino a espaldas de la realidad, sino que penetra en ésta transformándola en un sentido lleno de nobleza, aunque en tantas ocasiones llamado a fracasar. Es por lo que sus aventuras no nos parecen simples despropósitos ni estimulan tanto la risa como la simpatía emocionada, como si pensáramos: “(Ojalá pudiera ser así)”. Es también por lo que duele un tanto la burla de los duques y no sólo porque pretendan aprovechar para su regocijo la simpleza de un hombre extraviado. Y a la vez que la ficción penetra en la realidad –por momentos parece colmarla–, el presunto representante de ésta, el escudero Sancho, se va contagiando de fantasía, hasta el episodio de la ínsula de Barataria, donde “izquierdea” no menos que su señor.

Ese juego perpetuo de planos interpenetrados –que ya habíamos visto aparecer en *El coloquio de los perros*–, llenando la novela de otras novelas, convirtiéndola en metanovela de otras historias y de la vida, alcanza en *El Quijote* proporciones prodigiosas, hasta el punto de que la propia novela se incluye en la realidad y, en su segunda parte, se refiere a la primera e incluso a un falso Quijote, el llamado Quijote de Avellaneda, de autor anónimo, pero que Cervantes aprovecha para desmarcarse de él, de esa realidad falsa y fantasiosa, para reivindicar la verdadera realidad de su propia fantasía:

Yo –dijo don Quijoteno sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira, y, así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres... (Ib., 1091).

Fantasía realizada, realidad fantaseada, pocas cosas preocuparon más a Freud que deslindar entre ambas, no para esclerotizarlas en una discriminación simplista, sino para que el juego de una y otra pudiera ser creativo y no se confundiera con el cortocircuito alucinatorio del delirio, que deja, ése sí, a la realidad en la estacada<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Entre los muchos textos que podrían aducirse, baste, como muestra, aquel pasaje de *El hombre de los lobos*, donde, a propósito de la realidad o la fantasía de algunos recuerdos, Freud confiesa: “Reconozco que es ésta la más ardua cuestión de la teoría analítica [...]. Ninguna duda me ha preocupado tanto ni me ha hecho renunciar tan decididamente a muchas publicaciones. Por otro lado, he sido el primero en dar a conocer tanto el papel de las fantasías en la producción de síntomas como el fantasear retrospectivo sobre la infancia de fantasías nacidas de estímulos posteriores” (1918, II, 1998, nota).

Desdibujando los límites entre la salud y la enfermedad psíquicas, Freud trató, una y otra vez, de explicar el psiquismo considerado normal desde los caracteres agigantados de su caricatura patológica. Si en 1900, al diseñar el primer modelo del psiquismo, su modelo es el sueño (ese producto habitual y extraordinario, esa, por así decirlo, “excepción cotidiana”), en 1914, cuando trata de explicar el narcisismo habitual en los individuos considerados normales parte de las psiconeurosis narcisista, tal y como, en 1917, intentará dar cuenta del fenómeno del duelo desde la melancolía, lo que hoy se suele designar como psicosis maniaco-depresiva. Freud no es simple abogado de lo irracional, sino que trata de encontrar también “la razón de la sinrazón” que los neuróticos expresan en el altavoz de sus síntomas, los cuales pretendió explicar hasta en sus más mínimos detalles.

Precisamente, los síntomas surgirán como un producto de transacción entre las fuerzas en pugna, como si fuesen la resultante en el paralelogramo de fuerzas: como el pacto o compromiso al que llegan dos ejércitos, cuando ninguno de ellos es capaz de imponer decididamente su triunfo en la batalla. Muchos de los *lapses* analizados por Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana* manifiestan bien esa estructura. Es el caso de aquel diputado que quería dárselas de sincero ante el emperador, mostrándose dispuesto a decir la verdad “sin consideraciones” (*rückhaltlos*), pero acabó diciendo que iba a dar su opinión “sin columna vertebral” (*rückgratlos*), esto es, “doblando el espinazo” (1904, I, 816). Se trata del tipo de compromiso al que llega Sancho Panza, en porfía con su señor, cuando éste se empeña en presentar como yelmo de Mambrino lo que a él no se le antoja sino bacía de barbero, y en la pugna acerca de si es bacía o yelmo, Sancho acaba resignado por encontrar una fórmula que les dé a ambos la razón y lo llama “baciyelmo” (Cervantes, 2004, 465).

Ese proceso de transformación fantaseado de la realidad, en el que el propio Sancho se ve embarcado, decíamos que culmina en el episodio de la ínsula de Barataria, pero, con Unamuno, quizá fuera mejor decir que culmina en el lecho de muerte de Don Quijote, ahora transformado ya en Alonso Quijano. Curado de su locura, el cambio de identidad va acompañado de un cambio de nombre (como en otros casos, quizá el más famoso el de Saulo por Pablo), habiendo tenido que esperar hasta este último capítulo para enterarnos del mismo: “Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres dieron el renombre de ‘bueno’” (Ib., 1100).

El proceso de recuperación del juicio tiene lugar, pues, en la antesala de la muerte, sobrevenida de melancolía: “Porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le agarró una calentura que le tuvo seis días en la cama”, siendo el parecer del médico que “melancolías y desabrimientos le acabaron” (Ib., 1099). También Sancho percibe que es el desengaño el que mata a su señor, quien, en realidad, se deja morir. Y es entonces Sancho el que parece tomar sobre sí la locura vivificante, proponiénd-



dole una nueva aventura, de tipo pastoril ahora, que se mostrará ya inviable. Y, en un parlamento emocionado –y emocionante–, le dice:

¡Ay! –respondió Sancho llorando–. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron” (Ib., 1102-1103).

Es esta escena la que le hará exclamar a Unamuno:

“¡Oh, heroico Sancho, y que pocos advierten el que ganaste la cumbre de la locura cuando tu amo se despeñaba en el abismo de la sensatez, y que sobre su lecho de muerte irradiaba tu fe, tu fe, Sancho, la fe de ti, que ni has muerto ni morirás! Don Quijote perdió su fe y murióse: tú la cobraste y vives; era preciso que él muriera en desengaño para que en engaño vivificante vivas tú” (Unamuno, 1988, 513-514).

Para Fernando Savater, que no deja de recoger el comentario de Unamuno, en ese pasaje se encierra “la cifra y el mensaje del libro todo”:

Un no dejarse morir, un resistirse a la parálisis de lo rutinario, lo realista, lo poco a poco aniquilador. Era tanta aventura quijotesca un capricho, pero un capricho indomable; pura demencia, si es que admitimos que la cordura estriba en reconocer y acatar la necesidad, pero una demencia salvadora de nuestra humanidad, de nuestra categoría de seres activos, simbólicos y portadores –al menos ante nuestros ojos de significado. Don Quijote es el santo patrono y el mártir de la invención humana de propósitos para la vida” (Savater, 60).

¿Es preciso, entonces, estar loco para vivir, pues la cordura nos impediría soportar la realidad, de forma que no tuviéramos otra elección que ilusión engañosa o lúcido desengaño? ¿No sería *El Quijote* sino una novela con 124 capítulos de euforia maníaca y uno de depresión melancólica? No parece que ésa sea la lectura más adecuada ni la que desde el psicoanálisis –pese a su insistencia en la importancia de aceptar el principio de realidad se puede hacer.

Por lo que a Cervantes se refiere, si el conocimiento de la realidad llevara forzosamente al desengaño y a la melancolía, no se comprende que la melancolía no es alabada en el libro como generadora de virtudes, sino todo lo contrario: es des-terrándola como se mejora nuestra condición:

Y vuestra merced créame y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos (Cervantes, 2004, 511).

Y, en cuanto a Freud, es cierto que el sentido mayor de su crítica es alertarnos sobre las ilusiones que forjamos al vivir, para, desenmascarado el brillo de nuestros espejismos, reconducirnos a la precariedad de nuestra condición. Pero nuestra condición no es algo dado establecido de una vez por todas. Aunque Freud no escribió ningún “más allá del principio de realidad”, paralelo a su *Más allá del principio del placer*, tampoco quiso hacer una apología de la impotencia ni resignarse a lo dado, por cuanto que lo dado incluye lo necesario pero no siempre lo forzosamente invariable (Gómez, 1993 y 1998). Por eso, la obra cultural –científica, técnica, artística no es para él un simple optativo onírico ni un nuevo atajo del deseo alucinatorio, sino que ayuda a decir nuestra humanidad y se expresa con una pública lucidez de la que carece el síntoma neurótico o el deseo realizado en la privacidad del sueño nocturno.

A lo que sí tendríamos que saber renunciar es a nuestras fantasías narcisistas de omnipotencia, que son, en efecto, el preparativo de la depresión melancólica. Como acertadamente observa León Grinberg, el psicoanalista encuentra a menudo en su práctica “los sentimientos depresivos y maníacos alternando nuestras preocupaciones por las idealizaciones o los narcisismos desmesurados que, como a Don Quijote, exponen a nuestro paciente a caídas y derrumbes depresivos. En momentos así vivimos las angustias de Sancho Panza, pero, en otras ocasiones, nos desesperamos y aburrirnos con las limitaciones que el paciente obsesivo->realista= trata de imponernos mediante el control de sus fantasías” (Grinberg, 1989, 42).

En un denso y bello estudio, *Duelo y melancolía*, Freud insistió en cómo el paciente melancólico puede acabar fácilmente en el suicidio, despreciando el intenso cuidado por la autoconservación, aunque, eso sí, a costa de resguardar una imagen narcisista e idealizada de sí. Pero renunciar a la fantasía de omnipotencia que todos tuvimos alguna vez, renunciar a los mitificados paraísos infantiles, no supone renunciar a la transformación posible del mundo. Como dicen unos hermosos versos de Antonio Machado:

¿Dices que nada se crea?  
No te importe, con el barro  
de la tierra, haz una copa  
para que beba tu hermano.

¿Dices que nada se crea?

Alfarero a tus cacharos.  
Haz tu copa y no te importe  
si no puedes hacer barro  
(Machado, 1985, 225-226).

En *La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis* (1924), Freud sostuvo que en ambos procesos juega la fantasía un gran papel, si bien la neurosis se apoya todavía en un trozo de realidad –aunque sea diferente de aquél contra el que tuvo que defenderse–, mientras que la psicosis trata de compensar la *pérdida de realidad* con una *sustitución de realidad*. Pero ello no impide el papel positivo de la fantasía en muchas ocasiones (Freud, 1908). Ese aspecto positivo se debe a que el conocimiento de la realidad no acarrea forzoso acomodo a ella; es preciso, asimismo, conociéndola, transformarla. Por eso, en su ensayo de 1924, frente a neurosis y psicosis, Freud caracteriza la conducta “sana” como aquélla que “reúne determinados caracteres de ambas reacciones: esto es, que no niega la realidad, al igual que la neurosis, pero se esfuerza en transformarla, como la psicosis”, sólo que, en vez de contentarse con meras modificaciones internas y una nueva pero delirante realidad, labora sobre el mundo exterior y así consigue una transformación que no es tan sólo *autoplástica*, sino asimismo *aloplástica* (1924, III, 2746).

Y es ese juego de transformación *interna*, que permitirá incidir, en su momento y en la medida de lo posible, en el mundo, en la realidad *externa*, el perseguido por la terapia psicoanalítica, que no es simple ajuste a las circunstancias sociales imperantes, sino que, para decirlo con Habermas, tiende a desbloquear la comunicación distorsionada, consigo mismo y con los demás, y se inscribe bajo la égida del interés emancipatorio (Habermas, 1982). Freud mismo parecía verlo así, cuando, en cierta ocasión, definió el psicoanálisis como una tentativa de “liberar el amor reprimido, amor que había encontrado en los síntomas, por pobres bastardos, un compromiso” (1907, II, 1334). Es cierto que, en otras ocasiones, y más sobriamente, parece contentarse con sustituir “el sufrimiento neurótico por la miseria corriente” (1895, I, 168). Pero, se formule como se formule, esa posibilidad de cambio, de transformación, e incluso, a pesar de todas sus cautelas, de progreso no deja de estar apuntada.

Abandonar la quimérica omnipotencia infantil, que el psicótico restaura en su delirio, no ha de implicar, por tanto, renunciar al oportuno juego de la fantasía ni dar al traste con todos los sueños infantiles, arrumbados muchas veces frente a la implacable realidad, sino reeducarlos. Schiller, en su *Don Carlos*, nos aconsejaba no despreciar los sueños de nuestra juventud. Y en su estudio sobre Leonardo, pese a insistir en el peso de lo arcaico en la obra del gran artista, Freud no dejó de apuntar asimismo el poder creativo de esas “infinitas razones que se aprestan a pasar a la experiencia” (1910, II, 1619) y que aciertan, a veces, a romper la costra monótona de lo consabido y siempre igual a sí mismo. Por eso, madurez y sentido de la rea-

lidad no deberían hacerse equivalentes de acartonamiento, en la pretensión de estar de vuelta de todas las cuestiones, cuando un hombre que sepa respetar el carácter inconcluso de sí mismo y del mundo, siempre se encontrará *in fieri*, por hacer. Quizá por ello, en el citado estudio sobre el maestro italiano, tras comentar que, al parecer, “el gran Leonardo permaneció infantil durante toda su vida en diversos aspectos”, Freud anota: “Dícese que todos los grandes hombres tienen que conservar algo infantil” (Ib., 1613).

En la difícil arista que transcurre entre el delirio omnipotente –que pretende transformar la realidad a su antojo y la subsiguiente depresión –cuando la inexorable realidad haga saltar en pedazos nuestras quimeras transcurre la senda en la que realidad y ensoñaciones se enhebran en el texto, no exento de riesgos, que a los humanos nos es dado trazar. Ensoñaciones que, a veces, prenden en la realidad misma y aciertan a alterarla, en lo que tiene de más romo o injusto, frente a las protestas de todos aquellos *realistas*, auténticos partidarios, en verdad, de la utopía del *statu quo*. Fantasías que, en ocasiones, se muestran más sensatas que la sensatez de los cuerdos, pues en vez de fijar la realidad y a sí mismos a su actual semblante, sabe preservarlos, frente a todos los curas y barberos, en vilo y abiertos.

## Referencias bibliográficas

- ARISTÓTELES (1985), *Ética nicomáquea. Ética eudemia*, trad. de J. Pallí, introd. de E. Lledó, Madrid, Gredos.
- CARPINTERO, H. y MESTRE, M. V. (1984), *Freud en España*, Valencia, Promolibro.
- CERVANTES, M. de (2003), *Novelas ejemplares. II*, ed. de H. Sieber, Madrid, Cátedra, 220 ed.
- CERVANTES, M. de (2004), *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rico, Madrid, Santillana (ed. del IV Centenario).
- CRESPO, L. F. (1987), “La folie à deux de Don Quijote y Sancho”, *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 6, 51-67.
- GRINBERG, L. (1989), “La influencia de Cervantes en el futuro creador del psicoanálisis”, en Grinberg, L.(comp.), *Introducción a la teoría psicoanalítica*, Madrid, Tecnipublicaciones, 23-44.
- FREUD, S. (1973), *Obras completas*, tr. Luis-López Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 30 ed., 3 vols.
- FREUD, S. (1895), *Estudios sobre la histeria* (1893-1895).
- FREUD, S. (1896), *La herencia y la etiología de las neurosis*.
- FREUD, S. (1900), *La interpretación de los sueños* (1898-1899).
- FREUD, S. (1904), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1900-1901).
- FREUD, S. (1907), *El delirio y los sueños en la Gradiva* de W. Jensen (1906).

- FREUD, S. (1908), *El poeta y la fantasía* (1907).
- FREUD, S. (1910), *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*.
- FREUD, S. (1914), *Historia del movimiento psicoanalítico*.
- FREUD, S. (1917a), *Duelo y melancolía* (1915).
- FREUD, S. (1917b), *Un recuerdo infantil de Goethe en Poesía y verdad*.
- FREUD, S. (1918), *Historia de una neurosis infantil (caso "El hombre de los lobos")*.
- FREUD, S. (1920), *Más allá del principio del placer* (1919-1920).
- FREUD, S. (1924), *La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis*.
- FREUD, S. (1925), *Autobiografía*.
- FREUD, S. (1928), *Dostoievski y el parricidio* (1927).
- FREUD, S. (1941), *Carta sobre el bachillerato (a Emil Fluss)* (1873).
- FREUD, S. (1950), *Cartas a Wilhelm Fliess. Manuscritos y notas* (1887-1902).
- FREUD, S. (1997ss.), *Correspondencia*, ed. N. Caparrós, Madrid, Biblioteca Nueva y Quipú, 6 vols.
- GAY, P. (1989), *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, trad. de J. Piatigorsky, Barcelona, Paidós.
- GÓMEZ, C. (1993), "Psicoanálisis, ética, utopía (Bloch y Freud)", *Anthropos*, n1 146-147, 118-126. (Recogido, con algunas variantes, en el cap. 3 de Gómez, 1998).
- GÓMEZ, C. (1998), *Freud, crítico de la Ilustración*, Barcelona, Crítica.
- GÓMEZ, C. (2002), *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría psicoanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva Asociación Psicoanalítica de Madrid.
- HABERMAS, J. (1982), *Conocimiento e interés*, trad. de M. Jiménez, J. F. Ivars y L. Martín Santos, Madrid, Taurus.
- JONES, E. (1976), *Vida y obra de Sigmund Freud*, trad. de M. Carlisky, Buenos Aires, Paidós, 3 vols.
- LAPLANCHE, J. y otros (1984a), *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, trad. de J. Sazbón, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LAPLANCHE, J. y Pontalis, J.-B. (1984b), "Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía", en Laplanche (1984a), 103-143.
- MACHADO, A. (1985), *Poesías completas*, prólogo de M. Alvar, Madrid, Espasa-Calpe, 110 ed.
- MUÑOZ, M. (1989), "Freud en España, Freud en español", *El País*, 1 de junio.
- SAVATER, F. (2005), "Don Quijote y la muerte", *Claves de razón práctica*, 150, 59-61.
- UNAMUNO, M. de (1988), *Vida de Don Quijote y Sancho*, ed. de A. Navarro, Madrid, Cátedra.
- VARGAS LLOSA, M. (2004), "Una novela para el siglo XXI", en Cervantes (2004), XIII-XVIII.